



29/01/2000

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR EN EL FORUM ECONÓMICO MUNDIAL DE DAVOS

Davos (Suiza), 29-01-2000

Muy buenos días. Muchas gracias, distinguido moderador, por su presentación.

Yo quiero, primero, agradecerles a todos ustedes que estén aquí, a las ocho y media de la mañana de un sábado, lo cual, sin duda, tiene un mérito muy grande, que yo quiero reconocer y apreciar en lo mucho que vale. Aprovechando su generosidad, creo que los que intervenimos en este acto debemos saber utilizar el tiempo bien, correctamente y decir las cosas con la mayor claridad posible.

Ante muchos discursos y muchos planteamientos que oigo ciertamente un poco pesimistas o dubitativos respecto a lo que va a ser la Europa del futuro, la Europa del comienzo del siglo XXI, yo quiero decirles que yo participo de una visión optimista de Europa y de una visión optimista de cuáles van a ser las posibilidades europeas en distintos ámbitos en los próximos años en nuestro continente y, en general, en la participación europea en los asuntos mundiales.

Desde luego, si ponemos unos años la vista hacia atrás, no debemos tener la menor duda del largo camino que hemos recorrido pero, sin duda, del también intenso camino que hemos recorrido y de nuestras posibilidades.

Hace poco más de diez años atrás estábamos ante un panorama político europeo totalmente distinto. Diez años atrás prácticamente estaba todavía levantado y funcionando en todas sus dimensiones políticas, económicas, sociales, culturales, de seguridad, el muro de Berlín y hoy tenemos una realidad completamente distinta que, por ser distinta, trae otros problemas pero que, en mi opinión, nos debe hacer sentirnos mucho más seguros, más optimistas y, desde luego, más tranquilos respecto a los pasos que hemos dado al respecto.

Hace diez años, aproximadamente, también empezó a plantearse la fuerte idea de integración europea, sustentada en aquello que llevó y nos condujo a la formulación del Tratado de Maastricht y sustentada sobre la idea de la Unión Económica y Monetaria, de la moneda única. Convengamos en que la moneda única, el euro, con independencia de su valor en un día concreto, ha sido una idea de integración política europea, de integración económica europea, que ha producido estabilidad económica en Europa y que tiene que ser una de las garantías más importantes de prosperidad europea para los años venideros.

Si hace diez años, por lo tanto, superamos la caída de un muro que había dividido Europa durante muchos años; si hace poco menos de diez años pusimos en marcha una gran idea de integración europea, hoy, a comienzos del año 2000, nos tenemos que plantear, en mi opinión, una pregunta y la pregunta es: ¿qué queremos hacer de nuestro continente europeo en los primeros diez años del siglo XXI?

¿Es posible plantearse un horizonte, que yo llamo el horizonte del año 2010, en términos realistas en la Europa de hoy? Mi opinión es que sí y, desde luego, tanto en la esfera que a mí me corresponde y en mi responsabilidad como Presidente del Gobierno de España, como en el impulso que me corresponde también en la política europea, creo que es muy necesario que fijemos unos objetivos, unas metas, que en mi opinión deben ser perfectamente alcanzables, que sean útiles en el proceso de integración europea y que sigan garantizando y promoviendo en Europa más estabilidad y más prosperidad.

Yo deseo que en el año 2010, por ejemplo, Europa sea la zona de mayor apertura económica, de mayor capacidad innovadora y más competitiva del mundo. ¿Es posible que lo seamos? ¿Tenemos capacidad los europeos para serlo, para hacerlo, para practicar esta política?

Es verdad que no todas las fórmulas políticas sirven para conseguir los objetivos que uno pretende. Hay políticas buenas que producen buenos resultados y hay políticas malas que producen malos resultados; pero yo creo que el horizonte, la idea europea debe estar sustentada fundamentalmente en conseguir esas tres cosas: la zona económica de mayor apertura, de mayor capacidad de innovación y de mayor competencia del mundo. Ése es nuestro objetivo y es el objetivo fundamental que yo propongo.

Volveré un poquito más tarde a eso; pero antes me permitirán ustedes que les diga dos palabras sobre mi país porque yo creo que es bueno saber si mi país, en el cual yo plenamente confío y en sus posibilidades de futuro, tiene una capacidad para aportar positivamente en este objetivo o no.

Nosotros hemos entrado ya en el cuarto año consecutivo de un crecimiento por encima del 3 por 100. El objetivo para el año 2000 es un crecimiento, en nuestra estimación, que es una estimación más moderada que otras, del 3'7 por 100, con una inflación en torno al 2 por 100, con un déficit que prácticamente nos está situando en una situación de equilibrio presupuestario, siendo nuestro objetivo el tener un superávit presupuestario en el año 2002, y con un crecimiento de empleo extraordinariamente intenso, que en los últimos años ha producido que más del 50 por 100 de todo el empleo creado en Europa se haya creado en España.

Ése es uno de los elementos más importantes desde el punto de vista de lo que pueden determinar el crecimiento y las posibilidades de un país. Eso se ha visto producido en los últimos años por la puesta en marcha de una política sustentada en tres reglas básicas.

Una es la estabilidad, y por eso digo que el euro fue un motor de transformación y de modernización muy importante de la economía española; la estabilidad.

La segunda han sido las reformas estructurales. Yo vuelvo a repetir mi idea de que los países con más posibilidades en el futuro europeo serán los países más flexibles, y los países más flexibles son aquellos que hagan más reformas en sus mercados de factores y en sus mercados de productos; aquellos a los que las reformas les garanticen una mayor competencia, y hablo, fundamentalmente, de tres reformas en este punto: la reforma fiscal: bajar los impuestos a las personas, bajar los impuestos al factor trabajo y bajar los impuestos de las empresas es fundamental para la competitividad europea; la reforma laboral, otro factor absolutamente básico: Europa debe eliminar rigideces que llevan al desempleo en su legislación laboral, y otra es el impulso de transformación de nuestros sistemas de protección social, que no pueden seguir viviendo anclados en los sistemas de hace veinte-treinta años, como si no ocurriese absolutamente nada.

Estabilidad, por lo tanto; reformas estructurales, en segundo lugar, y diálogo social, dando un protagonismo muy claro, en la capacidad de llegar a acuerdos, tanto a empresarios como a representantes de trabajadores, a sindicatos, manteniendo el concepto de estabilidad y de paz social como una de las bases fundamentales del bienestar y de la prosperidad para el futuro.

A partir de ese momento, yo quiero decir que con esta política he procurado poner en España algo que también quiero para Europa y que me gustaría que, en la medida de lo posible, muchos de mis colegas políticos y dirigentes políticos gubernamentales europeos pudiesen poner en marcha.

Yo creo que en Europa en este momento hay dos corrientes, dos tendencias, desde el punto de vista político, que son las que en su preeminencia van a determinar las posibilidades de Europa, la velocidad del avance y nuestra prosperidad: unas corrientes muy reformadoras, muy abiertas, de futuro, y unas corrientes sencillamente de pasado, muy retardatarias; si se quiere, muy conservadoras, que tienen miedo a la apertura, que tienen miedo al cambio tecnológico, que tienen miedo a la modernización de nuestros sistemas de bienestar social, que luchan activamente contra lo que es la competencia económica, que no son capaces de hacer reformas y que, al final, son fórmulas que plantean más impuestos, más gasto y, por lo tanto, con una traducción de menos prosperidad y menos empleo.

Yo creo que esas políticas son unas políticas profundamente equivocadas y la preeminencia todavía de alguna de esas políticas produce en Europa todavía, en comparación con el modelo de crecimiento norteamericano, unos niveles, tanto de crecimiento económico, como de creación de empleo, como de bienestar, más reducidos que los norteamericanos.

A mí me gustaría, por lo tanto, que, en ese objetivo del 2010, Europa, desde el punto de vista económico y social, hiciese tres apuestas fundamentales. Una es la apuesta, absolutamente básica, por la Sociedad del Conocimiento y por las nuevas tecnologías. Todavía en muchos debates en muchos países europeos existe la convicción de que a más tecnologías menos empleo, de que la Sociedad de la Información es un riesgo para el desarrollo de la sociedad, para el crecimiento, para el bienestar. En mi opinión, también eso, desde el punto de vista pedagógico, hay que combatirlo, y los Gobiernos lo tenemos que combatir, las empresas lo tienen que combatir y también, por supuesto, la Comisión Europea, en su nivel y en sus responsabilidades europeas, lo tiene que combatir y sé que lo hace.

Yo creo que hay dos cuestiones básicas en virtud de las cuales se determina la gran diferencia, entre otras, en este punto entre los Estados Unidos y Europa: primero, tecnológicamente, lo que hoy se llama la Sociedad del Conocimiento, la gran revolución tecnológica, está mucho más avanzada en Estados Unidos que en Europa y en Europa, o aprovechamos los próximos diez años para hacer una inmersión completa, total, en la Sociedad del Conocimiento, o perderemos todavía más posibilidades de competencia respecto de los Estados Unidos; y, en segundo lugar, lo que se ha denominado --yo creo que es una de las grandes ventajas norteamericanas-- la iniciativa empresarial, el espíritu emprendedor, el espíritu de empresa.

Si no somos capaces de arraigar una cultura europea esencial, fundamentada en ese carácter emprendedor y en ese espíritu empresarial, haremos, efectivamente, que Europa no sepa aprovechar todas las oportunidades que debe tener a su alcance.

Sé muy bien que ahora se habla de conceptos --con nuestro moderador tenía oportunidad de hablarlo hace pocos meses, en la reunión financiera de Frankfurt-- de la nueva economía, de si es posible un crecimiento continuado sin inflación, si los ciclos han sido ya superados o si los incrementos de productividad hacen realmente, con la aplicación de las nuevas tecnologías, que no tengamos que tener preocupaciones de crecimiento en el futuro. No lo sé; pero lo que sí sé es que, o hacemos esa apuesta por la Sociedad del Conocimiento y la aplicación de las nuevas tecnologías, o en términos de empleo y de prosperidad Europa lo va pagar muy caro.

Quiero decir que el próximo mes de marzo se va a celebrar un Consejo Europeo extraordinario en Lisboa sobre estos temas a los cuales yo les doy una importancia decisiva. Ese Consejo Europeo extraordinario nace a petición expresa del Gobierno español y del Gobierno británico. Es una petición expresa mía y de Tony Blair; pero quiero decir que de ese Consejo tiene que salir una orientación social y económica de Europa, y espero y deseo que nazca una orientación social y económica por la vía de la reforma, por la vía de la apertura y, como digo, por la vía de la competencia.

Ése es el primer objetivo de Europa. Segundo objetivo: modernizar nuestros sistemas de protección social. Lo diré muy brevemente: quien piense que podemos mantener nuestros sistemas de protección social en las mismas condiciones que hace veinte años está condenando al sistema de protección social de Europa a reformas drásticas o, en muchos casos, a su desaparición.

Eso es un gravísimo error. Ni por razones de evolución económica, ni por razones de evolución demográfica, ni por las mismas necesidades europeas, se pueden mantener los sistemas de protección social sin su modernización en las circunstancias que están actualmente. Y de eso nos debemos ocupar muy seriamente en el futuro.

He procurado hacer --y he conseguido, dicho sea de paso-- hacer en los últimos años en España una tarea de saneamiento de nuestro sistema de protección social muy importante, y hoy tenemos un sistema de protección social que está en superávit y que crea sus fondos de reserva para el futuro. Sé que, efectivamente, eso deriva de una creación de empleo muy intensa y de una política de estabilidad muy consolidada; pero sé que habrá que hacer más cosas en el futuro.

Sin duda, yo creo que la Comisión, a corto plazo, estudiando cuál puede ser la evolución de esos sistemas de protección social, sus necesidades, y, por otra parte, los Gobiernos europeos debemos impulsar también un claro sentido reformador para que esos sistemas de protección social, que forman parte de la cultura europea, sean una realidad positiva para nuestros ciudadanos en los próximos años.

Por último, quiero decir que, desde el punto de vista del año 2010, debemos apostar en Europa por la apertura económica. Yo, sinceramente, no creo en las políticas proteccionistas, no creo que Europa se encierre en sí misma, no creo que Europa vaya a ganar nada por un sistema de protección que sea exactamente lo contrario de lo que yo creo que conviene a Europa, que exactamente la apertura, que es la liberalización y que es aprovechar su capacidad competitiva, mejorándola, con otras zonas del mundo.

En definitiva, ése es el espíritu reformista que yo propongo para Europa y es el espíritu reformista y reformador que yo espero que triunfe en Europa. Sé que hay muchos problemas, sé que la tarea no es fácil; pero confío en las posibilidades europeas de hacerlo así y creo, por el contrario, que, si no lo hacemos así, realmente Europa perderá una gran oportunidad. Lo que les quiero decir esta mañana en Davos es que el impulso en ese sentido reformador, abierto, transformador e innovador del Gobierno de España y del Presidente del Gobierno de España, en su responsabilidad, es un esfuerzo plenamente garantizado.

Muchas gracias.